

LA BUENA NUEVA

REVISTA POPULAR CATÓLICA

RELIGION, CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA

Director: ABDON DE PAZ

Año I.

Madrid 25 Noviembre 1873.

Núm. 4.

SUMARIO

Revista general, por Hortensio. — *El célibe vicioso*, por D. Abdon de Paz. — *Teatro griego*, por D. Leopoldo Augusto Cueto. — *Un sprit fort del siglo XVII*, poesía de Tirso de Molina. — *Cantar*.

por D. Pedro Antonio de Alarcón. — *Viaje por el mundo de los espíritus* (conclusion), por D. Abdon de Paz. — *Pensamientos*. — *Miscelánea*.

REVISTA GENERAL

Persecucion del clero católico en Alemania y Suiza.— Movimiento científico-artístico en Europa y América.— La instruccion pública en el extranjero y en España.— Crónica teatral.

Util enseñanza pueden en verdad ofrecernos las noticias recibidas últimamente de varias naciones, en las cuales la cuestion religiosa toma de día en día proporciones más alarmantes.

Allí donde la arbitrariedad de ciertos autócratas, monárquicos ó republicanos, pretende oponerse á las prescripciones del derecho, como acontece hoy en Alemania y Suiza, no se vacila en atropellar la primera de las inviolabilidades, la inviolabilidad de la conciencia, persiguiendo hasta la crueldad á venerabilísimos prelados, por el solo delito de predicar el dogma y la moral de nuestra religion sacrosanta. Pero allí donde se exige á los magistrados la más estrecha cuenta de sus actos, como sucede en Inglaterra, ni el derecho se menoscaba, ni la libertad se conculca, siguiendo inmediatamente el castigo á los trasgresores de uno ú otra.

Así, mientras el emperador Guillermo tiende á ceñirse la tiara sobre el casco, mientras los presidentes de varios cantones suizos escriben cartas como la redactada por Mr. Teuscher el 10 de octubre último, mientras el arzobispo de Posen es multado en 2.000 thalers (30.000 rs.) y condenado á trece meses de carcel, y el vicario apostólico de Ginebra llora en su destierro de Evreux la persecucion de que son objeto los fieles de sus diócesis; el episcopado inglés encomienda á monseñor Capell la mision de fundar y dirigir una universidad católica, sin que el Gabinete de Saint-James oponga el menor obstáculo; y el arzobispo doctor Manning, en la misma corte británica, en un sitio tan público como la plaza de Trafalgar, dirige la palabra, al pié de la columna de Nelson, á gentes de las últimas capas sociales, en su mayoría descreídas, sin que una sola voz se atreva á molestarle.

Francia, repuesta un tanto de sus pasadas catástrofes, comienza á renacer á la vida de la ciencia, siendo prueba de ello el congreso internacional de orientalistas, celebrado no ha mucho en París, como preliminar de otro, que habrá de reunirse el 6 de abril del próximo año 1874; congreso al que asistieron el reverendo Rodwell, el canónigo Colloway, Bunsen, Simpson, Williams, Douglas, Cooper y otras celebridades contemporáneas, y en el cual se trataron todas las cuestiones concernientes al mundo oriental, desde el este de Europa á los últimos confines del Asia, bajo los puntos de vista de la historia, de la arqueología, de la etnología, filosofía, economía y demás ciencias y artes.

Una asociacion de sabios alemanes, entre los cuales se hallan los doctores Zitel, Jordan y Ascherson, de la universidad de Berlin, se organiza para emprender, bajo la direccion del célebre viajero Gerardo Rohlfs, un viaje de exploracion por los desiertos del oeste de Egipto.

Y en el Brasil traducen, valiéndose de los restos fénico-púnicos que conserva la arqueología, los caracteres grabados en una piedra, descubierta hace poco, y por los cuales se intenta demostrar que la poblacion fenicia en América, data de cinco siglos ántes de nuestra era.

En cambio España, hondamente perturbada por la anarquía, continúa sufriendo paralización lamentable en su movimiento intelectual. Las lucubraciones del hombre científico, como los ensueños del artista, requieren de suyo sosiego y descanso, tanto para producir como para hallar en el público la recompensa debida al genio y al trabajo. ¿Y cómo hallar hoy aquellos tan preciados bienes en los grandes centros de poblacion, cuando ni siquiera podemos dar con ellos en el campo; cuando solo se oye el crugir del combate; cuando los ojos se secaron de tanto llorar y apenas puede aspirarse una atmósfera, inficionada por el polvo de tanta ruina y el hedor de tanto cadáver?

*
**

*
**

Mientras los ingleses llevan su amor á la instrucción pública hasta el punto de celebrar exámenes en las universidades de Londres, Cambridge y otros grandes centros de enseñanza, á fin de probar los resultados de la educación superior de la mujer, los cuales hasta ahora no son otros que los de siempre, falta de profundidad, precisión y exactitud lógica; mientras la ciudad de Boston, Estados-Unidos, con una población como la mitad que Madrid, se enorgullece de pagar anualmente millón y medio de reales para el sostenimiento de sus 351 escuelas, en las que reciben la instrucción primaria y superior 42.624 niños de cinco á quince años; mientras mister Chase, presidente del Tribunal Supremo de aquella nación, lega al morir 10.000 pesos á la universidad de Wilterforce y otros 10.000 al colegio de Dartmouth; en España, donde preferimos malgastar 100 duros en un abono á la Plaza de toros á gastar 10 rs. en un libro, pensamos de muy distinto modo.

Aquí, cuando nuestros maestros de instrucción primaria se mueren de hambre, cuando hay que cerrar unas escuelas, y otras se vienen abajo, lo más que se nos ocurre es suprimir la enseñanza oficial de toda religión positiva.

¿Qué extraño que, con tales antecedentes, hayamos ridículamente aparecido en la exposición de Viena por debajo de Turquía en instrucción pública? Si fuera posible que continuara adelante este progreso á *la dernière*, día había de llegar en que tendríamos á gran dicha el que los turcos nos conquistaran.

*
**

La empresa del teatro Español, no satisfecha con solemnidades artísticas como la que dió en la noche del 12 del actual, con objeto de honrar la memoria del Tirso de nuestro siglo, del restaurador de nuestra escena contemporánea, del que al bajar á la tumba deja un repertorio de 90 producciones originales, 59 traducciones y 9 refundiciones, verdadero monumento de gloria para España; ha dispuesto seis funciones, en las que se representen las mejores obras de aquel insigne vate.

A su vez, la empresa teatral de la calle de Jovellanos ha resuelto igualmente exhibir las dos únicas zarzuelas, *Un novio pasado por agua* y *Cosas de don Juan*, cuyos libretos escribió el autor de *A Madrid me vuelvo*.

El activo empresario del coliseo de la Plaza de Oriente, Sr. Robles, que en las tres magníficas óperas *Los Hugonotes*, *La Traviata* y *Romeo y Julieta*, nos ha presentado sopranos como la señora Fossa, tenores como Stagno, baritonos como Amodio y bajos como David, alimenta el pensamiento de poner en escena el *Don Fernando el Emplazado* del maestro español Zubiaurre.

Y el inteligente D. Manuel Catalina inaugura con

singular acierto el magnífico teatro de Apolo con una comedia del primero de nuestros antiguos dramaturgos, *Casa con dos puertas*, y otra del primero de los contemporáneos, *Ella es él*.

Al observar este movimiento hácia una reacción bienhechora, al ver que en nuestro país aún hay almas elevadas, que se esfuerzan en rendir culto á las nobles ideas; se acrece nuestra fe en el renacimiento de glorias y grandezas, que algunos cerebros pesimistas consideraron perdidas por siempre.

Hora es ya de que dejemos de destrozarnos unos á otros, y de que seamos nosotros mismos los primeros en apreciarnos. Hora es ya de que concluyan ciertas influencias, que en religión como en filosofía, en literatura como en política, hemos seguido á manera de monos sabios, mayormente cuando de ellas solo hemos podido cosechar perturbaciones y desastres, la atonía en el corazón y la duda en el alma, y, como resultado final, rebajamiento y miseria, lágrimas y sangre.

HORTENSIO.

EL CÉLIBE VICIOSO

Aseguraba Plauto que las mujeres tienen los ojos en las manos; y Juvenal decía que nada hay tan intolerable como una mujer rica: *intolerabilius nihil quam femina dives*. Pensamientos que han dado origen á que Michelet, con esa gracia especial con que los escritores franceses suelen apropiarse lo ajeno, afirme que jamás ha visto jóven millonaria que sea dócil y que cuando uno trate de arruinarse no ha menester más que casarse con mujer rica.

No cito estas palabras por la mucha ó poca realidad de su contexto, que en esta cuestión como en todas la verdad y el error juegan partida; sino porque son frases más de una vez en boca del personaje de que voy á hablaros, del célibe vicioso.

A uno conocía yo que, no satisfecho con burlarse de Eugenio Pelletan, por que había dicho que el hombre célibe, fuera de la familia, era solo el principio del hombre; juraba no casarse jamás, siquiera el padre ó tutor de su futura se la entregara vestida de billetes.

Y lo cumplió, como lo cumplen otros muchos.

El matrimonio es cosa de suyo prosáica y ridícula. Todo el oro de la tierra no sería bastante á compensar el menor de los innumerables y horribles sacrificios que exige. Precisamente por eso no hay escritor que aspire á la celebridad que no le dedique sus sarcasmos. ¿No os reís vosotros al leer los chistes contra el matrimonio? Mal haceis. No merecis el nombre de personas decentes. Riamos.

—Atencion, que habla un poeta satírico:

Antes para mi entierro venga el cura
que para desposarme; antes me velen
por vecino á la muerte y sepultura;
antes con mil esposas me encarcelen.

—Já! já! já! ¡Qué oportuno estuvo en estos versos el Sr. D. Francisco de Quevedo!

—Mucho oído, que habla Moratin, otro poeta, respetable á lo ménos por su fanatismo clásico.

Que si yo me llevo á ver
de una vez desesperado,
ó me meto á traductor,
ó me degüello, ó me caso.

—Muy bien! ¿Quién habia de figurarse tales gracias en el severísimo de don Leandro?

—¡Silencio, que ahora viene una ocurrencia muy buena! Es de un renombrado noveñista, de Honorato de Balzac: — «El matrimonio no vale lo que cuesta.»

—Sublime!

—Oid, que ahora viene lo mejor: es de otro noveñista, de Alejandro Dumas, hijo: — «La cruz del matrimonio es tan pesada que se necesitan dos para llevarla y muchas veces tres.»

—Cuánta delicadeza en el chiste!

—Allá va otro aún más delicado, de un monsieur Blondel: — «En el mundo se casa uno con una mujer, se vive con otra y solo se ama uno á sí mismo.»

—Bravo! Bravísimo!

—Aún mayores los merecen estas frases, escritas por toda una señora: — «Con ménos gusto se bate un hombre contra el marido de una mujer hermosa que contra su amante, pues que mientras de la derrota de este puede esperar algun provecho de la del otro nada espéra.»

—Cuán ingeniosa estuvo madama de Sartory! Viva!

—Y qué direis del señor de Commerson? — «El matrimonio suele ser un cambio de gruñidos reciprocos durante el dia y de ronquidos durante la noche: es el fastidio á duo.»

—Magnificentísimo! Já! já! já! Inimitable!

La locura de la variedad está hoy en moda. Eso de vivir hasta la tumba al lado de una misma mujer, es lo más fastidioso y monótono. A las angélicas notas de la Ópera han sucedido los diabólicos trinos de los *canarios de alcoba*; en lugar de las mil y una jóvenes línfáticas, pálidas, sentimentales unas, sanguíneas, morenas, voluptuosas otras, que en incesante curso se renovaban á nuestra vista como las flores de los campos, solo se ve al presente á una mujer que se marchita, de continuo enferma, impertinente; el hombre ha perdido la libertad; ya no le es dado concurrir como ántes al café á oír las agudezas de sus amigos, ni distraerse un ratito en el *monte*, ni asistir al baile, ni solazarse como acostumbraba en el paseo, ni frecuentar la fonda, ni... Oh! Esto es horrible.

—No te cases, le grita el mundo; ven, ven conmigo; la copa del placer que te presento llena está hasta los bordes como en la hora en que te apartaste de mi lado, ¿Qué hombre de pró consiente alistarse

en estos tiempos en la pacífica cofradía de San Marcos? El matrimonio es la muerte y la mujer la carga más pesada; desecha esa idea que ha pretendido sorprenderte; la orgía te espera; no dilates la vuelta.

El uso de las pasiones es divino, el abuso satánico; y no obstante no parece sino que nos complacemos en rendir culto ante el mónstruo de las desdichas. La medicina y la moral están demostrando de continuo que la embriaguez, la gula, la lujuria, el orgullo, los celos, la avaricia, la envidia y demás pasiones brutales, son otras tantas causas que nos impelen á veces hasta el crimen, al robo, al homicidio, y en nosotros mismos producen enfermedades terribles, espantosas, congestiones viscerales, epilepsias, flegmasias agudas del aparato digestivo, tisis, enajenaciones mentales y en no pocos casos el suicidio; pero ¿qué valen las máximas de la moral, ni los consejos de la medicina?

Por eso el jóven de que os hablo se separa de los brazos de su futura para lanzarse al torbellino; y sus antiguos comilitones le reciben en palmas; y en su compañía envidia, murmura, maldice, come, bebe, triunfa, gasta, baila, juega, y ríe, y goza, y...

Mas oh dolor! llega un momento en que el ántes robusto doncel siente enfermo su cuerpo, al propio tiempo que su alma. El juego le consume, las fondas le empalagan, los paseos le fastidian, le hastía el baile y las mujeres le encocoran.

—¿Qué me ofreces? pregunta entónces á la sociedad libertina.

—Después de cuanto te he ofrecido, nada.

—Yo quiero gozar; tus placeres no me satisfacen; necesito que inventes otros nuevos.

—Me es imposible.

—Ya que no mis bienes de fortuna, devuélveme la salud al cuerpo y la tranquilidad al espíritu, que tan vilmente me robaste.

—No hay remedio.

—¿Es decir que solo me queda la muerte para consuelo de mis penas?

—O el arrepentimiento.

—Tus sarcasmos han extinguido en mi corazón el sentimiento religioso.

—O una botella de ron para que te embriagues y mueras con deleite.

—Mi agonía sería interminable.

—Descas otro medio más breve? Voy á proporcionártelo en seguida; es cuanto puedo hacer por tí.

—Veamos.

—Un rewólver.

—Venga. Adios para siempre!

—Buen viaje; escribe en llegando.

—Plum!!!

—Ya se mató!

- Ay!!!... Ay... de... mí!!!
 —Qué horror! Está anegado en su propia sangre!
 —Nadie... me... socor... re!!!
 —Huyamos de estos sitios!
 —Na... die!!!!...

Tableau. Un suicidio! Los periódicos se encargarán de dar sin comentario alguno la noticia, al lado de otra en la que participen á sus lectores la seducción de una hija de familia, robada por un oficial de coraceros.

Gocemos y riamos.

Que haya un cadáver mas ¿qué importa al mundo?

ABDON DE PAZ.

TEATRO GRIEGO

El teatro griego, sin antecedente en otras naciones, creacion espontánea y completa del cielo inspirador de Atenas, brotó, por decirlo así, perfecto y acabado, de la religion y de la cultura.

La religion de la Grecia idólatra y materialista era incapaz de infundir á su literatura el espíritu contemplativo, la aspiracion á lo infinito, el estudio de las emociones recónditas del alma; misterioso tesoro de afectos escondidos, que estaba reservado descubrir é iluminar á la santa luz del Evangelio. Pero, fundada en los impulsos visibles de la naturaleza, y sostenida y alimentada por la fantasía sensual de una raza eminentemente artística y sensitiva, tenia para las artes el privilegio de ofrecer exclusivamente á la admiracion tipos de belleza terrestre y externa, más perceptibles y más determinados que aquellos que, como *Segismundo*, *Hamlet*, *Fausto* y *Manfredo*, se forjan en la imaginacion mística y soñadora de los poetas cristianos.

La cultura moral de los griegos, acrisolada por el espiritualismo de sus grandes filósofos, idealizada por la sublimidad heroica de sus poetas, y fortalecida por el instinto enérgico de la independencia íntima del alma, alto don de la raza helénica, ennobleció el materialismo de sus creencias, y le quitó el carácter rudo y grosero que tuvo en otros pueblos, ménos pródigamente dotados por la mano de la Providencia.

Lo poderoso, lo grande, lo útil, tenia á los ojos de los griegos carácter divino: de cada una de las fuerzas de la naturaleza, de cada una de las pasiones vigorosas del hombre, hacian un dios. ¿Qué mucho que los dioses y los héroes llegasen á confundirse en su religion dramática y pintoresca? Parecía de análoga ó igual esencia lo bello y lo sagrado: sus modelos de belleza estatuaria eran sus ídolos; sus tipos de grandeza ideal, los personajes de sus tragedias, estos, sus dioses y sus héroes ó semidioses. Con este sistema de perfeccion ideal tangible, á la par artística y religiosa, sistema que formaba el más pere-

grino y armonioso conjunto en las artes, en las letras y en la sociabilidad de los atenienses; aquel pueblo privilegiado, el pueblo estético por excelencia, llegó á sentir y á comprender la belleza cual ningun otro la comprendió jamás.

El teatro, que es la manifestacion literaria de índole más social, no podia apartarse en Atenas de aquella senda elevada y segura que le trazaba el espíritu nacional. Nadie adulaba allí las flaquezas contemporáneas, ni con sofisticas ideas se desquiciaban, como ahora, los fundamentos morales de la sociedad. La representacion de una tragedia era una especie de solemnidad pública. Todo en aquel teatro era gigantesco. La escena, á cielo abierto, como en presencia de los dioses, que eran siempre el alma del drama, se colocaba, cuando era posible, de manera que el aspecto del fondo fuese pintoresco y grandioso. El teatro de Tauromeniun, en Sicilia, por ejemplo, ofrecia á lo léjos la vista del Etna. Las graderías inmensas podian contener á un pueblo entero. La voz del actor se hacia más vibrante y sonora por medio de un mecanismo ingenioso. El coturno, colocado debajo de las sandalias, no tenia más objeto que aumentar la estatura del hombre. Las caretas con que representaban los actores, maravillas del arte griego por su belleza y propiedad, esas caretas, cuyo uso tanto nos sorprende porque lo juzgamos todo con las ideas de nuestro tiempo, eran tambien un medio de aumentar la grandeza y la unidad del efecto escénico, que á los ojos de los griegos eran objeto principal del arte. Tan diferente del nuestro era su modo de juzgar y de sentir en el teatro, que, léjos de buscar en los actores el movimiento y la expresion de la fisonomía, que les parecia vulgar, harto individual para los caracteres emblemáticos y generales de su teatro, y acaso una profanacion cuando representaban á los dioses, creyeron indispensable encubrir con una máscara, adecuada á la situacion y al carácter, lo que la expresion móvil del rostro humano podia tener de pequeño y de personal. Los griegos pedian ante todo á los actores idealismo, propiedad rítmica, dignidad y elegancia. Querian ver en la escena efectos semejantes á los sublimes de la estatuaria.

A esta grandeza material correspondia, y en más alto grado se desplegaba, la elevacion moral del arte. Pintaba el teatro griego, con pincel enérgico y gallardo, caracteres, afectos y pasiones; pero siempre los subordinaba á un ideal heroico, que era la esencia de su inspiracion. El don precioso de hermanar constantemente con la grandeza moral la verdad de la naturaleza, fué la excelencia distintiva de aquel teatro singular. Sus dioses y sus héroes divinizados no estan al abrigo de las flaquezas y de los crímenes de los seres mortales; pero hay en su carácter impul-

sos extraordinarios y peregrinos, que dan al movimiento de las pasiones cierta elevación sobrehumana. El libre albedrío, vigorosamente empleado por el hombre, en pugna con la adversidad, esto es, la libertad moral, unas veces inocente, otras extraviada por las pasiones, vencida é irresistiblemente arrollada al cabo por la inflexible ley de la fatalidad: tal es la idea preponderante en la tragedia griega. Esa lucha, casi siempre titánica, del hombre con el destino, realizada por la poesía y ennoblecida por la grandeza escénica, encerraba una alta significación moral. Aquellos héroes, dechados prodigiosos de sufrimiento y de fortaleza, que arrostran todas las angustias y las calamidades terrestres por sostener los fueros de la voluntad, no podían menos de vigorizar en los atenienses el sentimiento de la dignidad y de la fuerza del alma humana.

El coro, elemento peculiar de la escena en Grecia, que apenas comprendemos hoy día, atestigua en cuanto era allí tenida la influencia moral del teatro. Singular invención ha parecido, y parece todavía á muchos, la introducción, en medio de una fábula dramática y fuera de la escena propiamente dicha, de un elemento lírico, más ó ménos independiente de ella; especie de censor moral, que explica, juzga y calma las impresiones producidas por los arranques de la pasión ó por las vicisitudes violentas ó solemnes de la acción misma. Esta invención es un testimonio insigne de la sensatez de aquel pueblo, verdaderamente excepcional. El coro «era como un espectador ideal, como el defensor de los intereses morales de la humanidad, como la personificación del espíritu nacional.»

Los grandes autores trágicos franceses, que se afanaron tanto por comprender é imitar el teatro griego, se encontraban embarazados y sorprendidos con el coro, cuya función verdadera no comprendieron nunca. La Harpe, tan ingenioso y perspicaz dentro de sus estrechas ideas críticas, no lo sospecha siquiera. El coro ha sido, en verdad, objeto de extrañeza y de aventuradísimas conjeturas, hasta que Lessing y Schlegel, los más profundos críticos del teatro en los tiempos modernos, han explicado su verdadera índole, y hasta el lugar que ocupaba en el teatro griego.

Moratin, que, como los más en su tiempo, ignoraba la esencia, el objeto y las condiciones materiales escénicas del coro, le juzga impertinente, y se maravilla de que «se traten delante de él secretos de la mayor importancia.» Y en verdad que Horacio, á quien nuestro ilustre poeta cómico estudiaba asiduamente, dió á entender bastante claro que el coro era como un eco de la conciencia universal, defensor, consejero y amigo de los hombres de bien, apaciguador de la ira, glorificador de la inocencia, enco-

miador de la frugalidad, de la sana justicia, de las leyes y del sosiego de los estados, confidente fiel y seguro, dispuesto siempre á pedir á los dioses que la fortuna consuele á los buenos abatidos, y se aparte de los soberbios.

Conocidas de todos las obras maestras de Esquilo y Sófocles, no necesito recordar ni la rígida y magistral grandeza de la *Orestia*, aquella sublime trilogía del primero, compuesta de *Agamemnon*, *Las Coléforas* y *Las Euménides*, obra esta última acaso la más elevada del teatro griego; ni la *Antígona*, el *Filoctetes* y los dos *Edipos* del último, de aquel poeta que nos pinta la antigüedad hermosa de alma y cuerpo, halagado con todas las dichas del respeto público, del amor, del genio y de la gloria, y dispuesto, tal vez por la fuerza benévola de esa plenitud de ventura, á ver al hombre y á pintarlo siempre como un ser más noble y más bello que el hombre mismo. Recordemos con cuanta delicadeza sabe presentar en el carácter de *Teseo* un dechado ideal del alma humana, la generosidad, la justicia, la templanza, nobles prendas de origen divino. Con razón ha podido decirse, atendiendo á la profundidad del carácter emblemático de los personajes de Sófocles, y al generoso aliento de sus ideas, que este grande hombre es, entre todos los poetas de la antigüedad, aquel cuyos sentimientos se hallan más cercanos al espíritu del Cristianismo.

(Se concluirá).

LEOPOLDO AUGUSTO DE CUETO.

UN ESPRIT FORT DEL SIGLO XVII

(Acto I de *La Villana de Vallecas*)

Salas al anocheecer
mudándote hasta las cintas,
y, como estás sin mujer,
ya á la polla, ya á las pintas,
damos los dos en perder,
yo paciencia y tu dinero.
Volvémonos á cenar
cuando sale el jornalero,
según la vez, á almorzar.
Llamando al alba el lucero,
aguárdate mi señora,
que en fe de lo que te ama
sin tí lo que es sueño ignora,
dando treguas á la cama
y nieve á la cantimplora.
Entras con llave maestra,
cenas á las dos ó tres,
duermes hasta que el sol muestra
el cahiz al reloj, que es
tasa de la vida nuestra.
Si la campana te avisa
de nuestra iglesia mayor
cuando es fiesta, oyes de prisa
á un clérigo cazador,
que dice en guarismo misa.
Hincas encima del guante
una rodilla, y sobre él,
más que rezador, mirante,
volatines de un cordel

pasas cuentas cada instante,
que, de oraciones vacías,
como cuentas las llamaron,
la dan, por no estar baldías,
más de las damas que entraron
que de las Ave-Marías.

Oyes á don Juan mentiras;
mientras alza el sacerdote
á doña Brígida miras;
si te dió cara, picóte;
si no te la dió, suspiras;
y, apenas la bendicion,
con el *Ite, missa est*,
da fin á la devocion,
cuando salís dos ó tres,
y, en buena conversacion
el portazgo ó alcabala
cobrando de cada una,
la murmuracion señala
si es doña Inés importuna,
si doña Clara regala,
si se afeita doña Elena,
si esta sale bien vestida,
si estotra es blanca ó morena.
Mira tú si es esta vida
para un *Flor sanctorum* buena.

TIRSO DE MOLINA

CANTAR

Tienes los ojos negros,
ojos de luto...
Mi corazón lo lleva
desde que es tuyo.

PEDRO A. DE ALARCON.

VIAJE POR EL MUNDO DE LOS ESPIRITUS

(Conclusion).

Al cabo de algun tiempo, nuestro jóven se tornó de alegre en triste, con un humor de mil demonios. El afortunado espiritista tenia mujeres, dinero, salud; gozaba de cuantos placeres puede soñar la fantasía; pero le faltaba una cosa para ser feliz; que el mundo rodeara sus sienes con la aureola de la inmortalidad. ¡Es tan hermoso oír pronunciar el nombre de uno con admiracion y respeto! ¡Tan halagüeño saber que aquel nombre pasará á la posteridad escrito en mármoles y bronces! ¡Tan du'ce el aura de la gloria!

Feliciano evocó de nuevo á su espíritu protector.

—¿Qué deseas? le interrogó este.

—Una espada superior á la de Alejandro en Isso, á la de César en Farsalia y á la de Napoleon en Austerlitz; una espada con la cual me sea posible eclipsar las hazañas de los héroes más renombrados, y supeditar ante mis piés las naciones todas de la tierra.

—¿Qué número de hombres crees necesarios para tu empresa?

—Un millon de soldados invulnerables, cada uno con un fusil que dispare cien tiros por segundo.

Y en el momento el protegido se vió al frente de sus huestes, venidas expreso de las alturas del pla-

neta Marte. Y las aguas del Volga, del Obi, del Ni-
lo, del Orinoco y del Murray, se tiñeron en sangre de
cien mil pueblos sometidos.

— Toda la tierra es mia, soy feliz, exclamó con orgullo el vencedor.

Pero no comprendió en su desvarío que su gloria era una gloria de maldicion, la gloria de la tiranía.

Una mañana, Feliciano se levantó de su lecho imperial más pálido que de costumbre. Habia tenido un sueño espantoso, horrible, durante el cual sus innumerables víctimas, abandonando á una las sepulturas, le habian acusado ante el tribunal del Dios de la Justicia, gritando con desgarradores ayes los amigos por sus amigos, las hermanas por sus hermanos, las amadas por sus amantes y las madres por sus hijos.

Y lo peor del caso era que el sueño se repetia todas las noches.

— ¡Ay de mí! exclamaba el atormentado. Soy el ser más desgraciado del mundo.

— No lo creas, le respondió Adan. Tu suplicio es todavia menor del que están condenados á padecer en el planeta Marte los tiranos de la tierra. Allí, el sueño que aquí te atormenta de noche, seria continuo, á todas horas.

— Las carnes me tiemblan.

— Y peor que la pena de los réprobos de Marte es la de las condenadas del planeta Venus. Entre dos mujeres hermosas y coquetas, solo puede vivir la discordia. Pues bien; figúrate que la coquetería y la hermosura son las dotes de aquellas desgraciadas.

— No prosigas.

— Aún hay, continuó el espíritu, otro tormento más espantoso, el de los usureros de Mercurio. Rodeados de inmensas riquezas, las ven, las codician; pero al tender incesantemente las manos hácia ellas, las riquezas se evaporan y desvancecen. Considera si será horrible este martirio.

— Oh! te suplico que calles. Deja de hablarme de semejantes lugares de maldicion, y sácame pronto de la tierra, donde la vida me es insoportable.

— A dónde deseas ir?

— A otros espacios, en los cuales pueda saciar la sed de ambicion que me abrasa y apurar sin remordimientos la copa de la dicha.

— Tu peticion es imposible. Eso únicamente puede suceder cuando tu espíritu vuele de la estrecha cárcel de la materia.

— Y cuándo me moriré?

— Sábelo Dios, que penetra los misterios de lo futuro.

— Estoy dispuesto á suicidarme.

— Eres libre de hacer lo que gustes.

Y el ambicioso cogió entre sus manos un rewólver, se lo aplicó á una sien, disparó y cayó inerte, anegado en su propia sangre.

Hoy día no deben llamarnos la atención crímenes de esta naturaleza, porque está de moda el suicidio. Nada más común que un hombre ó una mujer arreglen su equipaje para el otro barrio por el menor revés del amor ó de la fortuna. Desventurados locos! Pobres héroes! ¡Y hay personas que defienden semejante muerte como un acto de valor sin igual! Ciertamente; el suicidio es el valor de la cobardía.

El espíritu de Feliciano comenzó á flotar en las inmensidades del vacío, sintiendo en su ser una revolución completa. Lo pasado, lo presente y lo porvenir se confundían en un solo tiempo, que se ostentaba lleno de luz á la memoria. El alma estaba allí como en su centro. La sensibilidad gozaba de los encantos de la belleza, la inteligencia de los resplandores de la verdad, y la voluntad se movía sin coacción alguna, en alas de su libérrimo albedrío.

La ambición del suicida creció de punto al divisar la infinidad de cuerpos celestes que se extendían en torno suyo. ¿Qué era la tierra en comparación de aquel inmenso mundo? Méenos que una hoja de árbol en un bosque, que una gota de agua en el mar, que un grano de arena en el desierto.

—Yo quiero habitar en el sol y dominarle con todos sus planetas y satélites, exclamó Feliciano.

A lo cual respondió una voz en las alturas:

—Sea.

Y el favorecido de la suerte habitó en el sol un palacio, construido de puro diamante desde los cimientos á las cúpulas, teniendo á los piés de su trono millones de millones de súbditos, que le obedecieron como esclavos.

Pero ay! que el nuevo señor de nuestro sistema planetario cayó en la cuenta de que el sol es una de las estrellas más pequeñas; que más allá de él existe inconmensurable número de cuerpos sumamente mayores, y anheló dominarlos todos, ó, lo que es lo mismo, igualarse al Dios que los creara. Desventurado! Más de dos mil años hacía que Alejandro el Magno, el conquistador de Gaza, el vencedor de Darío, desesperado de haber hallado en lugar de la felicidad el término de sus conquistas, había ofrecido al mundo con su muerte, ocurrida en la flor de su juventud en Babilonia, palpable ejemplo de cuán fatales son las pasiones cuando no están dominadas por la razón y dirigidas por la prudencia. Feliciano iba á dar otro ejemplo, aunque más lastimoso, que el del fundador de Alejandría, en cuanto que en su calidad de espíritu, ni siquiera podía buscar la muerte como consuelo de sus penas.

En semejante estado, el ambicioso comenzó á padecer indeciblemente. La tristeza le ahogaba; la desesperación le consumía.

—Ay! exclamaba mesándose los cabellos y retorciéndose ambas manos. Donde quiera que he buscado

la felicidad, he hallado tan solo la desdicha. ¡Maldita sea la mujer que me engendró y el espíritu falaz que me abrió las puertas de esta vida!

Una vez el maldiciente no pudo proseguir. Sin saber cómo, vióse trasportado al través del éter á las profundidades del planeta Saturno, donde le esperaba la expiación más espantosa de sus crímenes. Sentía hambre y no podía comer un solo manjar de los muchos y exquisitos que le rodeaban; se abrasaba de sed y le era imposible satisfacerla, á pesar de hallarse cercano á una fuente pura, cristalina; su corazón ansiaba amar y veía mujeres hermosísimas, sobre-humanas, que bailaban en torno suyo, riéndose de su frenético delirio; en su cerebro fulguraba la luz del genio y para inspirarse oía los silbidos de una caterva de envidiosos, dispuestos únicamente á descreditarle y zaherirle.

Y, trascurridas así una hora, otra y otra, Feliciano envidiaba en su desconsuelo la ventura del pobre pastor, que vive tranquilo en su cabaña, sin pensar en otra cosa que en Dios y su rebaño, ó la dicha del obrero que, después de las faenas del trabajo, se sienta á cenar unas patatas, sin cuidados ni penas, al lado de su mujer y de sus hijos.

Nuestro héroe se vió de pronto impelido por la mano de un monstruo hácia un precipicio, en cuya cima, á los resplandores de una luz rojiza, misteriosa, aparecían de punta miles de aguzadas espadas y de corte navajas de afeitar sin cuento.

El desgraciado se arrojó desde una altura de más de mil metros á la profundidad de aquel abismo, desgarrándose las carnes de la manera más despiadada; pero sin conseguir exhalar el último suspiro.

Por fin, en su indescriptible é interminable agonía, oyó un ruido extraño, estrepitoso, y una voz que le gritaba:

—Señorito, el chocolate!

Y al abrir los ojos, se vió —rubor causa decirlo, pero la verdad histórica lo exige — se vió con dolor más en cueros que nuestro padre Adán, su espíritu protector, en el Paraíso.

Y miró á sus piés una jofaina rota en cien pedazos, y más allá, al través de los cristales de la alcoba, á la criada de su patrona doña Angustias con el servicio del chocolate en la mano.

VIII.

Feliciano se hallaba en su bohardilla de la calle del Molino de Viento. El efecto producido por las dos botellas de Lágrima había pasado. Su viaje por el mundo de los espíritus había sido un sueño, una locura.

Tal me parece el sueño de los espiritistas.

ABDON DE PAZ.

PENSAMIENTOS

Lo que más me ha asombrado en mi vida, ha sido ver con qué facilidad ciertos hombres de bien aceptan los crímenes consumados en cuanto esperan sacar de ellos algún provecho.

EDGARDO QUINET.

.... No hay cosa que venza
como decir la verdad
á una persona discreta.

LOPE DE VEGA.

Tan convencidos estamos en Inglaterra de que la religion es la base de la sociedad civil y el manantial de toda clase de bienes y consuelos, que apenas se hallará una persona entre ciento que no prefiera la superstición á la impiedad.

EDMUNDO BURKE.

.... Nunca bien mandó
quien no supo obedecer.

TIRSO DE MOLINA.

Si no sabéis aplaudir á los enemigos y censurar á los amigos cuando lo merezcan, no escribais.

POLIBIO.

..... El honor
es de materia tan frágil,
que con una acción se quiebra
ó se mancha con un aire.

CALDERON.

MISCELANEA

A fin de corresponder al creciente favor que el público nos dispensa, inauguramos en nuestro periódico una nueva sección, en la cual, bajo el título de *Revista General*, daremos noticia de los principales acontecimientos de religion, ciencias, artes y literatura, ocurridos en la quincena.

Además de las publicaciones mencionadas en nuestro número anterior, hemos recibido las siguientes: «El Pueblo», «La Revista de España», «La Ilustración Española y Americana», «El Consultor de los Párrocos», «El Arte» y «El Cascabel», de Madrid; «Los Sucesos», de Santa Cruz de Tenerife; «El Eco de Extremadura», de Badajoz; «La Renaxensa», de Barcelona; «El Amigo Católico», de Córdoba; y «El Espiritismo», de Sevilla. Devolvemos con sumo gusto la visita á tan distinguidos colegas.

Agradecemos sobremanera las entusiastas frases, que en su último número nos dedica nuestro ilustrado colega la *Gaceta Internacional*, revista hispano-americana, que con tanta aceptación se publica en Bruselas.

Aunque nuestra natural modestia nos había impedido dar á luz carta alguna encomiástica de las muchas que recibimos con motivo de la publicación de LA BUENA NUEVA, llega á nuestras manos una, galanamente redactada por un antiguo periodista, ilustrado catedrático del profesorado español; y la persona á quien va dirigida vése obligada por el deber de la amistad, cuando no por el de la gratitud al maestro de cuyos labios escuchó las primeras lecciones en el arte del bien decir, á quebrantar su propósito siquiera sea por esta vez. Pero no sin manifestar previamente, que si bien agradece por extre-

mo los inmerecidos elogios dedicados á su humilde entidad, los rinde íntegros ante los distinguidos colaboradores, que hasta el presente, le ayudaron y en lo sucesivo le ayuden en la difícil obra comenzada. Hé aquí la carta.

Sr. D. Abdon de Paz.

Mi muy querido amigo, y antiguo aprovechado discípulo: La idea de LA BUENA NUEVA me ha parecido tan magnífica, tan trascendental y sublime, que me apresuro á enviar á V. mi adhesión sincera á ella y hasta la expresión de mi regocijo.

Duro es á la razón humana tener que sujetarse á la fe y confesar su limitación; pero en esa confesión honrada, no hay humillación para persona alguna que discurra sensata y cuerda. Si la ciencia filosófica está rodeada de misterios y á cada paso de su andar se halla forzada á publicar su impotencia; si esa ciencia basa su gloria en el estudio de fenómenos y accidentes sujetos á sucesión y transformación continuas; si se alimenta del constante fluctuar del espíritu humano, tejiendo un día lo que tejido por pasadas generaciones fué luego destejido por otras; si camina ciega, proclamando como ingenioso descubrimiento que *nada hay nuevo debajo del sol*, porque lo muy poco que el hombre sabe no era ya desconocido cuando el hijo de David escribía aquellas palabras; diremos fundadamente que esa ciencia solo es tal en cuanto se ofrece como un conjunto de verdades relativas, desprendidas de las absolutas, que residen en Dios y que nos fueron reveladas por El.

¡Cuán angustiosos son los tiempos que atraviesa esta pobre raza latina! ¡Cuán calamitosas las circunstancias que rodean á este noble pueblo hispano, que ha cometido la torpeza de descender del alto pedestal de su gloria para precipitarse vertiginosamente en la sima de su desgracia! Las inteligencias desvariadas ignoran á qué norte dirigirse; los corazones, faltos de todo sentimiento digno, solo buscan el goce material; adoradores de Baal, nuestra ciencia, nuestra virtud, nuestro bien, hacémoslos consistir en el sacrificio de nuestro ser en sus inmundas aras.

A estirpar tan gravísimos males, lepra de este gran siglo del vapor y de la electricidad, á arrancar el árbol estéril de la impiedad y del egoísmo, mostrando en la divina palabra de Jesús la hermosa senda que conduce á la satisfacción del espíritu y á la calma del corazón, se encamina la revista del inspirado autor de la *Defensa del Catolicismo*. Reciba, pues, su joven director la entusiasta enhorabuena de todos los amantes de la verdad católica, que son los amantes de la humanidad y de la civilización verdadera. ¡Que LA BUENA NUEVA, iniciada bajo tan felices auspicios, encuentre en todo pecho cristiano la favorable acogida á que en justicia es acreedora! ¡Que sean fecundos los grandes y desinteresados esfuerzos de quien, sin hipocresía como sin tibieza, pretende hermanar lo que no es repulsivo ni discordante, la fe y la razón, la religion y el progreso! ¡Que se vean coronados del mejor éxito, del éxito que se merecen una inteligencia clarísima, una imaginación brillante, una erudición copiosa y un corazón abierto á todo lo bueno, á todo lo bello y verdadero!

Toledo 16 de Noviembre de 1873.

ANTONIO DE AQUINO.